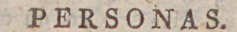
N. 42. 6

EL VERTER,

Ó

EL ABATE SEDUCTOR.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.



PERSONAS.

Verter.
Carlota, *Esposa de*
Alberto, *Conde de....*
Julia. }
Valerio. } *niños hijos del Conde: no hablan.*
El Abate Jorge, *Preceptor de los niños.*
Paulina, *Aya de los mismos.*
Federico, *Ayuda de Cámara de Verter.*
Ambrosio, *Lacayo del mismo.*
Criados que no hablan.

ACTO PRIMERO.

La Escena pasa en las cercanías de Viena en el Castillo y Granja del Conde: el teátro representa un salon muy bien adornado con cuatro puertas á los dos lados; y puerta lateral al foro con escalera para subir y bajar.

Federico poniendo ropa en una maleta y Ambrosio alumbrándole.

Federico. Apaga esa luz. No ves que ya ha amanecido?

Ambrosio. Estoy tan soñoliento, que no veo si es de noche ó de dia.

Federico. Se ha levantado ya el amo?

Ambrosio. Sí.... pero....

Federico. Que? (*Dejando de componer la ropa.*)

Ambrosio. Está allí sentado llorando. (*Señala al cuarto.*)

Federico. Pronto se consolará si consigo llevármelo. (*Sigue componiendo la ropa.*)

Ambrosio. Es mas difícil que piensas.

Federico. Por que?

Ambrosio. Porque me parece imposible que se vaya sin primero despedirse de madama Carlota.

Federico. A mí me lo prometió.

Ambrosio. Las promesas de los amantes son como las de los jugadores.

Federico. El cáracter del amo, es tan bueno, tan virtuoso....

Ambrosio. Es verdad, pero me acuerdo, que cuando yo he estado enamorado....

Federico. Tú he? tú.... (*poniendo ropa.*)

Ambrosio. No hombre, el amo, el amo... sobre esto vamos de acuerdo: mas creeme: el amor lo mismo es en

los criados que en los amos.

Federico. El señor Verter sabrá vencerse; tú lo verás.

Ambrosio. Yo me alegraria mucho, por que á la verdad nuestra vida es bastante incómoda.

Federico. Con tal que el amo lograse vencerse, yo la llevaria con gusto.

Ambrosio. Yo lo mismo. ¿Pero Federico has visto un hombre tan enamorado como él?

Federico. No; porque hay pocos que tengan la sensibilidad de su corazon. En todo, en todo es estremado.

Ambrosio. Eh! no es tan malo que el señor Conde Alberto se halle en Viena; por lo demas....

Federico. Ve aquí porque procuro separarlo de esta casa.

Ambrosio. No se como ha de ser.... está tan enredado en la liga de amor....

Federico. Es verdad; pero espero.... oh! no perdamos tiempo en estos discursos. Dile, que todo está ya pronto.

Ambrosio. Ya sale: miralo.

Sale Verter pensativo y triste, caminando á paso lento: se cubre el rostro con el pañuelo, suspira y se sienta.

Ambrosio. Siempre, siempre está asi.

Federico. Pobre amo!

Ambrosio. Esto es menester tomarlo de otra manera.

Federico. No ha dormido siquiera un minuto. (*á Ambrosio.*)

Ambrosio. Ya se le conoce.

Federico. Es menester animarlo. Señor?

Verter. Que es esto Federico?

Federico. ¿Es posible que querais vivir continuamente abismado en tan profunda melancolía? No ha de haber un freno para semejante delirio? La razon no ha de recobrar jamas el imperio de dominaros? Volved en vos, recobrad aquel nuevo esfuerzo, que os ha robado lo mas terrible de las pasiones.... El amor sin esperanzas...

Ambrosio. Es predicar en desierto. Siempre va de mal en peor. (*á Federico aparte.*)

Federico. ¿Que se hicieron aquellos felices dias tan rapidamente pasados, en los cuales los amenos y dulces estudios, el cultivo de las bellas letras, formaban todas vuestras agradables ocupaciones? Verter, que era el amor, la delicia de cuantos le trataban, el honor de las tertulias, la mas estimada persona de su pais; ha de ser ahora el enemigo de sí mismo, la víctima miserable de una inclinacion proscrita por las leyes de la sagrada hospitalidad? Ah! no: yo no creo que él quiera existir mas en un estado de oprobio, ni permanecer en un sitio en el cual la demora, no puede dejar de ser delito.

Verter. Verter! ó Dios! Ya no es mas Verter!

Federico. Todavía sois Verter, mi buen señor: el amigo de la virtud, el egemplo de la verdadera y perfecta amistad.

Verter. Yo soy la víctima de una desesperada y cruel pasion: yo soy un infeliz, sumergido en un profundo abismo, del cual no hay humano poder que pueda sacarme.

Federico. No hay humano poder que pueda sacaros? Sabeis porque? porque no seguis los consejos de vuestro buen Federico.

Verter. Tus consejos.... Yo los quiero, los apetezco.

Federico. Si los apreciaseis los seguiriais.

Verter. Yo no he dicho que no los queria seguir.

Federico. Pero la dilacion es un gran argumento contra vos.

Verter. Tienes razon: pero á mi corazon no le siento con fuerzas vastantes.

Federico. Si me escucharais por cinco minutos solamente; yo, yo le volveria aquel esfuerzo que necesita pa-

ra una digna y precisa resolucion.

Verter. Habla. Ya te escucho.

Federico. Pues bien; escuchadme, y creed que una larga esperiencia de las cosas humanas os habla por mi boca. Han pasado tres meses desde que nosotros venimos aquí, y son cerca de otros tres que vuestro amigo, el marido de la señora Carlota, tuvo que pasar á Viena, á fin de atender á sus intereses particulares. ¿Os acordais del dia que partió? Os acordais como él llorando, os tomó de la mano, y os dijo estas palabras? «Verter; el corazon de un »amigo, os encarga las cosas mas »caras que tengo en el mundo: Car»lota y mis hijos." No os dijo esto? Pero vos que habeis hecho? Habeis tragado aquel dulce veneno, que entra de repente por los ojos, despues se apodera del corazon, lo inflama y lentamente lo destruye. Me respondereis, que el respeto ha reprimido siempre los escesos de vuestra pasion, no os lo niego; pero ¡cuantas veces el mas noble sentimiento, en estos casos, se muda ó cambia de aspecto? La amistad, que era un afecto inocente pasa de pronto á ser un amor respetuoso. No hay cosa que nos deje con mas gusto y prontitud en los asuntos amorosos, que es el respeto. Sin él, consideraos delincuente en el momento mismo que dejeis de ser virtuoso. Consideraos cubierto de delitos dentro de la misma casa, en la cual poco antes entrasteis con un corazon sencillo, con una frente serena. Á dios hospedaje. Á dios amistad. Amor os toma de la mano, y él únicamente os guia. La primera víctima que os presenta es la del honor de vuestro amigo. La débil voz de una virtud que ya se desdeña de asistiros, os contiene la fuerza de la pasion que con los obstáculos se aumenta, y os arrebata á unos contrastes de esta suerte: el corazon de un hombre jóven no resiste. Creedme, las pasiones triunfan; y el troféo de la victoria, es la paz de una familia, la inocencia de una muger virtuosa, el honor, el afecto y la felicidad de un amigo honradamente infamado.

Ambrosio. Si Federico hubiese estudiado este discurso, no lo podia haber dicho mejor.

Verter. Federico, Ambrosio.... Está todo prevenido para mi marcha?

Federico. Hablais de veras?

Verter. Si, marcharé hoy.... Esta mañana.

Ambrosio. Pues vamos, vamos.

Federico. Pronto, pronto señor.

Verter. Esperaos.... Es menester tomar algun pretesto para disimular nuestro repentino viaje.

Federico. No faltará: se puede fingir que vuestra madre ha caido mala.... se puede fingir tambien.... todo lo que se quiera.... Vamos, señor, que el amor no se vence, sino huyendo. El sol ya empieza á salir, todos están durmiendo. Despertemos á la Aya y vámonos.

Verter. Como! quereis que yo me vaya sin ver la última vez á Carlota!

Ambrosio. No accedas Federico, que si la vé, se está aquí otros tres meses.

Federico. Se conoce que el honor y el deber os hacen tomar esta resolucion.

Verter. Y cuando ella se dispierte, si no me encuentra, si no me vuelve á ver mas?...

Ambrosio. No penseis ahora en eso.

Federico. Dice bien Ambrosio. En este caso conviene la determinacion de otra manera.... Por Dios os ruego que procedais como quien sois. No vacileis en un momento que decide la felicidad de tantas personas. Vámonos antes que alguno de la familia nos sienta.

Verter. Oh paredes funestas! (*Con gran dolor.*) Oh sitio fatal! en donde he

visto la primera vez, la mas amable de todas las mugeres!... ¡Porque, porque no le es permitido al corazon del infelice Verter imprimir sobre vosotras los sentimientos, las angustias, el dolor de una alma la mas dolorida del mundo!

Ambrosio. Habla con las paredes.... vámonos, vámonos. (*Á Federico.*)

Federico. Que abren el cuarto del Abate.... señor.... corriendo.

Verter. No puedo sostenerme....

Ambrosio. Si quereis os llevaremos.

Verter. Dejadme, dejadme morir y no me separeis de estos sitios. (*Cae en los brazos de Federico, en el fondo de la sala.*)

Sale el Abate Jorge. Para mí ya no hay reposo!... siempre, siempre tengo á la condesa en el pensamiento y el corazon; y hasta tanto que yo no sepa mi destino no recobraré la paz. Si, es necesaria una declaracion: este debe ser el último dia de mis inquietudes, ó el primero de mi felicidad. Que harán estos aquí?... á estas horas!... Cuando tendré el gusto de no verlos?... Buenos dias señor Verter.

Verter. Á dios amigo.

Jorge. Mucho habeis madrugado.

Federico. Mi pobre amo ha tenido que levantarse temprano por un motivo bien funesto.

Jorge. Que le ha sucedido?

Federico. Supo anoche que su madre está mala, y tiene que irse al momento.

Jorge. Alabo su resolucion, y espero no será cosa de cuidado. Sin embargo para la tranquilidad, conviene que parta al instante.

Federico. Ya que ha tenido la dicha de encontraros, le hareis el favor de cumplir por él, con la demas familia.

Jorge. Id con Dios, descuidad sobre eso.

Federico. Lo oís? Nos podemos ir sin temor alguno de caer en falta.

Verter. Pues bien.... Vámonos.... Me hareis el gusto de hacer presente á madama Carlota....

Jorge. Vuestras atenciones, eh! no paseis pena, id con Dios.

Verter. La direis que mi intempestivo viage es dimanado de la mas terrible, de la mas cruel necesidad.

Jorge. Se vé que teneis un corazon escelente.

Verter. La direis que no podré olvidarme jamas....

Federico. Ya veis, como le ha tratado con tanta política....

Verter. Que yo soy el mas desventurado de todos los hombres....

Ambrosio. Quiere á su madre con mucho estremo....

Verter. Y que mientras viva la tendré esculpida en mi corazon.

Jorge. Id con Dios, hijo mio, y consolad á vuestra señora madre. Yo me he visto en igual caso que vos, y no he encontrado mas arvitrio que el resignarme á la voluntad del cielo.

Federico. Señor Jorge hasta mas vernos.

Verter. Oh Dios! que momento tan terrible!

Jorge. Callad, no sea que despierte la familia.

Ambrosio. Señor, hasta otra ocasion.

Verter. Federico, no me abandones por caridad. (*Vase con Federico y Ambrosio con maleta.*)

Jorge. Ya se fué: respiremos.... Esta es la mejor ocasion, y no quiero perderla. El señor conde está en Viena: Verter acaba de marcharse, y yo.... Yo sin ribales coronaré mis deseos con el amor de Carlota; pero es menester pensar en el medio, y modo de declararme. Á la sombra de una falsa virtud.... si, ella es una jóven llena de sensibilidad.... Despues tiene un corazon tan tierno y amable, que casi toca en debilidad.... y esta misma es oportuna para mis intenciones; pero ella hace alarde de un cierto pundonor.... Oh! este pundo-

nor me incomoda mucho. Temo que este será el escollo.

Sale Paulina. Servidora de Vmd., señor Preceptor.

Jorge. Buenos dias Paulina. Donde vas tan de prisa?

Paulina. Voy arriba á buscar los niños: ya sabeis, que así que el ama despierta los quiere ver.

Jorge. Esperate un poco.

Paulina. En que puedo serviros?

Jorge. Querida Paulina, yo tenia que hacerte algunas preguntas; pero temo que no me has de responder á ellas con la sinceridad que necesito.

Paulina. Por que no?

Jorge. Tú ya sabes el interés que tengo en mirar todas aquellas cosas que tienen relacion con esta familia.

Paulina. No lo he de saber?

Jorge. Pues bien, vamos al asunto. De algun tiempo á esta parte observo en la condesa un cierto método de vida, un cierto retiro que me parece otra.

Paulina. Si habrá conocido.... Disimulemos, (*aparte.*) pues no se lo he notado.

Jorge. Pues yo sí: con las personas á quienes tomo cariño, tengo yo un cierto tino.... Oh infalible!

Paulina. Lo que yo puedo decir es, que siente mucho la ausencia de su marido; y yo creo ciertamente que este sea el motivo de su continua tristeza, y del sistema de vida que habeis observado en ella.

Jorge. Es que si fuese así, yo me emplearia en distraerla á fin de darla algun alivio con mi compañía.

Paulina. No lo dudeis, señor, sí, sí distraedla, alegradla; vos podeis y debeis hacerlo. Vuestra persona tiene con mucha justicia, mucho crédito acerca de la suya. No hay vez que mi ama hable de vos, que no sea con el mayor entusiasmo.

Jorge. Habla de mi con entusiasmo? (*Alegre.*)

Paulina. Si señor, creedlo: vos sois el único de la familia que puede consolarla. Con vuestra licencia yo voy á buscar los niños. (*Vase.*)

Jorge. Cielos! que yo soy el único de la familia que puede consolarla! La condesa habla de mí con entusiasmo! Que necio he sido en callar! Pero yo hablaré. Aquí viene..... Oh que hermosa! aunque acaba de levantarse, la rosa envidia sus colores. Rara prerogativa! Oh que delicadeza de fisonomía! Que hermosa compostura! Que espresion! Que elegancia! Ah!

Sale Carlota. A Dios señor Jorge.

Jorge. El cielo os bendiga y colme de felicidades. Como estais?

Carlota. Buena; y vos?

Jorge. Yo estoy un poco desazonado. Ha muchas noches que no puedo conciliar el sueño.

Carlota. Como! Y no habeis dicho nada? lo siento; porque vuestra persona interesa mucho á toda la familia, y á mí particularmente.

Jorge. Se puede esplicar con mas afabilidad.... (*aparte.*) Yo diré señora... asi como.... quereis que nos sentemos un poco?

Carlota. Con mucho gusto. (*Arrima Jorge sillas.*)

Jorge. Las rodillas me tiemblan, pero es preciso sacar fuerzas de flaqueza. (*aparte.*) Parece que estais de buen humor? (*Siéntanse.*)

Carlota. Sí, cabalmente hoy no tengo tanta melancolía.

Jorge. Todo me favorece. (*Aparte.*)

Carlota. Y no sabeis de que procede vuestra falta de sueño?

Jorge. Oh! Cuan interesante sois! Dios os bendiga. (*La besa la mano.*)

Carlota. Que buen hombre!

Jorge. Que bella criatura! Señora, mi mal dimana.....

Salen Paulina, Julia y Valerio.

Paulina. Aquí están, señora, los niños. ¿No veis como han madrugado,

para venir á besaros la mano? (*Besan los niños la mano á Carlota y ésta los besa.*

Jorge. Hasta los niños me han de venir á incomodar, en un tiempo en que quisiera que esta casa fuese un desierto. (*aparte.*)

Carlota. Besad la mano á vuestro Preceptor. (*Se la besan, y él les dá unos dulces.*)

Jorge. A Dios, hijos mios, bajad al jardin á divertiros un rato. El fresco de la mañana es muy saludable: andad, andad. Que hermosos niños! son un retrato vuestro. (*Vanse los niños con Paulina.*) Señora, tanta bondad....

Carlota. Vos os lo mereceis todo.

Jorge. Con esto yo paso á esplicarme. (*aparte.*)

Carlota. Que humildad tiene! (*aparte.*)

Jorge. Señora, ya que me animais con vuestra cordialidad, voy á declararos la causa de mis males: y os lo diré con toda claridad. La entrada en vuestra casa, es solo el orígen de ellos.

Carlota. Es posible!... Pues yo he visto que estabais alegre, que comiais con apetito, y que procurabais divertiros.

Jorge. Pero todo para distraerme y olvidar.... Ah! que todo ha sido en vano.... Voy á descubriros mi corazon; escuchadme, compadecedme y negadme si podeis vuestra compasion. Desde el momento, en que la suerte (no se si diga mala ó buena) me condujo á esta casa en calidad de Preceptor de vuestros hijos; yo caí en la cruel enfermedad, que voy á manifestaros. Oh! corazon del hombre jamas bastante precavido! oh sensibilidad casi siempre peligrosa! Yo gozaba de la mas pacífica tranquilidad, sin pensar en otra cosa que en mis estudios literarios, y en cumplir con Dios, con los hombres y conmigo mismo, hasta que.... Si lo diré? os ví, os conocí, y tuve la ocasion de vivir en vuestra compañía. (*Carlota se sobresalta.*) No os admireis, ni me interrumpais: oid y luego responded. La amabilidad de ese hermoso rostro (retrato fiel de vuestro corazon) despues la gracia de ese arte encantador.... la honestidad de esa conducta irreprensible.... la cultura de ese talento ilustrado; y en fin la sensibilidad de vuestra alma tierna, me han encantado y enagenado de modo, que no soy dueño de mí mismo. Llamé en mi socorro á la filosofía, y despues de infinitas reflexiones y contrastes, concluyó diciéndome: «Ama á la virtud donde »la encuentres.» El amor propio que guia al hombre á buscar su propia felicidad, me ha hecho desear la recompensa. Primero pensé valerme de mi mérito, pero luego dudé de él. Despues reflexioné sobre la ternura de vuestro corazon, y la mas dulce esperanza me empezó á lisonjear. Incierto entre la esperanza y el temor, dudo cual será mi suerte. Esta es mi enfermedad, y el estado de mi corazon. Amo, pero sé que de las pasiones del hombre, la del amor es la mas susceptible de ser compadecida. Si con vuestra natural bondad os dignais curar el pecho de un amante que os adora; tampoco os desdeñareis de compadecer la sencillez y lealtad del hombre mas sincero.

Carlota. Mucho me ha sorprendido vuestro discurso.

Jorge. Señora, si ha sido largo....

Carlota. No importa. La respuesta será breve. Pocas palabras.

Jorge. Una puede hacer mi felicidad.

Carlota. Pues con una os responderé.

Jorge. Que dicha! hablad.

Carlota. No. (*Se levanta.*)

Jorge. Como! conque?... (*Con frialdad.*)

Carlota. No: ya veis, si os he respondido con laconismo.

Jorge. Es que yo no quisiera que fuese tanto.... Luego esa severidad....

Carlota. Yo no amo mas que á mi marido.

Jorge. Es que como ahora está ausente.... (*Confuso.*)

Carlota. Pero su honor y mi deber están conmigo.

Jorge. Yo no pretendo que falteis á uno ni á otro.

Carlota. Luego, qué es lo que quereis?

Jorge. Un sentimiento virtuoso.... una gratitud....

Carlota. La gratitud se siente por los beneficios que se reciben, no por los males que se nos quieren hacer.

Jorge. Yo no quiero haceros ninguno. Dios me libre!

Carlota. Basta ya: mudad de discurso ó temed....

Jorge. Vaya, os alterais?... ved que la cólera.... (*Con dulzura.*)

Carlota. Es una virtud en defensa del pundonor.

Jorge. Podré en estas circunstancias....

Carlota. Temerlo todo... Entre tanto salid al punto de mi casa.

Jorge. Como! tendreis corazon de echar de esta manera un Preceptor de mi clase, un filósofo de mi crédito?

Carlota. Vuestra filosofía no es propia para mi familia.

Jorge. Á lo menos os suplico no abuseis de la confianza que os he hecho.

Carlota. Mi prudencia no necesita de vuestros consejos.

Jorge. Permitidme que hasta que vuelva el señor conde....

Carlota. Yo no faltaré á lo que os tiene señalado: os suplico que partais.

Jorge. Yo no conozco otro amo que á vuestro marido. Él me ha traido á su casa, y solo él puede echarme de ella.

Carlota. Á mí hablarme con esa altanería!

Jorge. No alzeis, señora, la voz.

Carlota. Llamaré al señor Verter.

Jorge. Eh! el señor Verter ya está algunas millas de aquí.

Carlota. Como! Que decís? Verter se ha marchado? Cuándo? Por que?

Jorge. Ola! mucho, mucho os ha incomodado su partida. Ahora conozco porque quereis apresurar la mia.

Carlota. Esos insultos.... Yo, yo haré arrepentiros de ellos. (*Vá á irse.*)

Sale Paulina apresurada.

Paulina. Ah! señora ama.... El señor Verter....

Carlota. Donde está?

Paulina. Quiere irse: en este instante vá á entrar en la silla de posta.

Carlota. Corre, detenlo, detenlo por caridad.

Paulina. Voy. (*Vase corriendo.*)

Carlota. Yo la sigo. (*Parte.*)

Jorge. Oh suerte! oh suerte! Cuando dejarás de serme contraria!

ACTO SEGUNDO.

Sale Jorge. Aquí no hay nadie de quien yo pueda saber si Verter siguió su camino, ó se volvió atras. La aya no puede tardar en bajar de arriba.... Cuanto mas pienso en la cautela con que me he conducido, menos razon encuentro para haberme tratado tan malamente. ¿Podia imaginarse, que en un corazon tan tierno y amoroso, pudiese caber una determinacion tan pronta como severa? aquí precisamente hay algun misterio. El sentimiento que Carlota ha manifestado por Verter, me hace sospechar.... Basta; de todos modos, yo he de hacer que se arrepienta de haberme tratado con tanta aspereza.... Pero Ambrosio; con qué Verter no se ha marchado.

Sale Ambrosio con la maleta que pondrá en una silla.

Que es esto? por que os habeis vuelto atrás?

Ambrosio. Porque la señora Condesa ha hecho suspender á mi amo el irse.

Jorge. Por que?

Ambrosio. Lo ignoro. Yo bien lo sé, pero no se lo quiero decir. (*aparte.*)

Jorge. Á la verdad que es mucha imprudencia.

Ambrosio. Pero su detencion será por pocos momentos.

Jorge. Y pues?

Ambrosio. Serja mejor que le hubiese dejado ir.

Jorge. Seguramente, estando su madre tan de cuidado....

Ambrosio. Mucho.

Jorge. Que mal tiene?

Ambrosio. Yo no se que decirle.(*aparte.*) Cuartanas dobles.

Jorge. Pero esta no es una enfermedad.

Ambrosio. En su tierra es mortal; pocos se escapan con vida.

Jorge. Ah! mi bueno, mi bueno de Ambrosio. (*Poniéndole la mano sobre el hombro.*

Ambrosio. Gracias, señor, gracias.

Jorge. Hay pocos hombres tan de bien como tú.

Ambrosio. Favor que me dispensais.

Jorge. Tú eres el mejor de los criados.

Ambrosio. Hago por serlo, lo que puedo. Á que vendrá esta lisonja? (*ap.*)

Jorge. Pero á veces no se puede todo lo que se quiere.

Ambrosio. Seguramente.

Jorge. Chi, digo, hablo con un hombre de mundo? Yo creo, que quien está con cuartanas es?...

Ambrosio. Quien, señor?

Jorge. El amigo Verter.

Ambrosio. El Abate ya lo ha conocido. (*aparte.*) Quien, mi amo? mas sano está.... Asi estuviera yo como él.

Jorge. Hazte el desentendido...

Ambrosio. Toma! pues no se está viendo. Federico quiere lo calle. (*ap.*)

Jorge. De que sirve tu disimulo? la cosa está ya tan entendida....

Ambrosio. Pues quien lo ha publicado?

Jorge. Ellos mismos.

Ambrosio. Que imprudentes! Y luego encargan á los demas el secreto.

Jorge. Pero Ambrosio, digo que por nuestra parte debemos conducirnos con prudencia. Yo no desplegaré mis labios.

Ambrosio. Pues yo menos.

Jorge. Sabe que esta mañana yo sabia la ficcion.... La enfermedad.... Ya me entiendes.

Ambrosio. Yo tambien, pero chiton.

Jorge. Quieres un polvo? (*Le alarga la caja.*)

Ambrosio. Muchas gracias. (*Le toma.*)

Jorge. Que necesidad tenia de marcharse tan de repente?

Ambrosio. Lo mismo digo yo. El amo está enamorado de la señora Condesa.... otro correria doscientas millas para verla, y él quiere correr trecientas para huir de ella. Yo no entiendo como es esto. Cuando, en mis tiempos, yo cortejaba, no lo hacia asi.

Jorge. Están haciendo mil disparates; pero en que te parece que vendrá á parar esto?

Ambrosio. En mal. Federico dice que no, pero yo que tengo otro modo de pensar sostengo lo contrario. El amo llora.... delira....

Jorge. Ya lo se.

Ambrosio. Lo sabeis? Quien os lo ha dicho?

Jorge. Cuando yo te digo que lo se, lo se.

Ambrosio. Con vuestra licencia vuelvo á bajar para ver que órdenes tenemos.

Jorge. Ambrosio, cuidado que digas á alguno lo que yo te he confiado.

Ambrosio. Estraño la advertencia.... Yo se callar siempre que conviene.

Jorge. Oyes. No digas que has hablado conmigo. No quiero que sepan nuestras confianzas.

Ambrosio. Descuidad.

Jorge. Si descubro alguna otra cosa mas yo te llamaré. Estás? pero silencio.

Ambrosio. Á quien se lo encarga. No

hay un hombre que guarde mejor un secreto que yo. *Vase.*

Jorge. He aquí verificadas mis sospechas. Carlota está enamorada de Verter, no hay duda; y he aquí el orígen de sus desprecios. ¡Cuantos arbitrios me ofrece el resentimiento para vengarme! Ah! si el Conde estuviese aquí!

Sale Paulina. Señor, señor.

Jorge. Que sucede?

Paulina. ¿No sabeis como Verter ha suspendido el viage?

Jorge. Que dices? Si supieras cuanto me alegro? como ha sido eso?

Paulina. Ha tenido carta de su madre: mi ama la ha leido.

Jorge. Y ha descubierto que todo era pretesto para ausentarse. Y el Conde la ha escrito?

Paulina. Sí, pero no la dice nada de venirse todavía, y mi ama lo ha sentido mucho.

Jorge. Escribir la madre de Verter estando mala.... confieso que no lo entiendo.

Paulina. Ni yo. Solo se que Verter no se vá, de lo que me alegro mucho. (*Vase.*)

Jorge. Esta detencion de Verter.... no me gusta nada, sentiria que la Condesa le contase lo que ha pasado.

Sale Ambrosio. Señor Preceptor, no sabeis que....

Jorge. Todo lo sé.

Ambrosio. No puede ser; es imposible.

Jorge. Para otros, no para mí. Ya se que Verter suspende su viage. Que su madre le ha escrito. Que la Condesa le ha cogido la carta. Que el Conde no la dice nada en la suya de volverse.... He! Que tal?

Ambrosio. Este hombre tiene algun diablo que se lo cuenta todo! Quien os lo ha dicho?

Jorge. No es del caso decirlo. Yo lo sé y esto basta. Alguien viene. Yo tengo que hacer, á dios. (*Vase.*)

Ambrosio. Él tiene algun familiar; no hay duda: pero que hombre! Él sabe mejor las cosas que yo. Y quien se las cuenta? Pero Federico! Que pensativo está!

Sale Federico. No hay mas que un medio, pero infructuoso. De todos modos se pierde. (*distraido.*)

Ambrosio. A dios juicio, se le ha pegado la enfermedad del amo. Federico?

Federico. Si está perdido.... conozco su temperamento. Al instante se sofoca, se pone fuera de sí y.... (*distraido.*)

Ambrosio. Federico! (*alto.*)

Federico. Oh Ambrosio! á buen tiempo has venido. Llámame á Paulina.

Ambrosio. Nos vamos ó nos quedamos?

Federico. No sé: pero llámame á la Aya.

Ambrosio. Antes tengo que decirte una cosa.

Federico. De quien, del amo? sobre su mal?

Ambrosio. Sobre su amor; todo se ha sabido. Que desgracia!

Federico. Como! Se sabe todo! habrás dicho.... (*enfadado.*) Te se ha escapado alguna palabra?

Ambrosio. Dios me libre, pero la cosa es pública.

Federico. Pública? Como pública?

Ambrosio. El Abate, el señor Jorge ha venido y ha sido el primero en contármelo.

Federico. Como lo ha podido saber?

Ambrosio. Eso es lo que me aturde á mí.

Federico. Y tú?

Ambrosio. Yo he callado como un muerto.

Federico. Siempre crei la necesidad de partirnos. (*aparte.*) Corre y llama á Paulina.

Ambrosio. Federico cautela, que en esta casa hasta las paredes oyen. (*Vase.*)

Federico. Es preciso hacer el último esfuerzo para separarle de aquí. Paulina es muger de talento; estima

mucho á su ama, y me servirá de mucho para ayudarme á salvar su decoro.

Sale Paulina. Que quereis Federico?

Federico. Donde está tu ama?

Paulina. En el jardin con sus hijos.

Federico. Madama Paulina, tal vez por mí os habreis incomodado.

Paulina. Nada de eso.

Federico. Yo tenia que confiaros un asunto muy delicado, tanto, que de él depende el decoro de la Condesa y la paz de una familia entera.

Paulina. Ya os entiendo; y podeis contar con todos mis auxilios.

Federico. Decidme primero de todo. ¿Que es lo que inferís de la recíproca amistad de la señora Condesa y mi amo?

Paulina. Quereis que os hable con toda claridad?

Federico Ese es mi deseo.

Paulina. Escuchadme, y en pocas palabras vereis si he dado en la dificultad. Antes que mi señora se casase, Verter ya la conocia, y aun la visitaba.... concurria en fin á su casa con mucha frecuencia; y mi señora tenia mucha satisfaccion en verle y hablarle.... su educacion y el respeto que tuvo siempre á las leyes del pundonor, no dejaron adelantar mas mi discurso.... La vivacidad y entusiasmo de Verter, ha manifestado á mis ojos lo que la Condesa estudiaba tanto en ocultar.... esto es, que entre los dos habia una honesta y amigable familiaridad. Este es el principio del asunto: en su progreso tuve ciertos datos que aunque indiferentes, me han hecho decidir en él. Veis si he sido breve? Aquel humor alegre y brillante de mi señora ha pasado lentamente á ser reflexion y melancolía. Dos cosas la divertian con estremo.... sus hijos, y la conversacion de Verter. Ahora la conversacion, ya logra alguna preeminencia mas. Si está triste, Verter la alegra; si está alegre, la melancolía de Verter la entristece. En suma, si no me engaño, la amistad va estendiendo su jurisdiccion, y no permita el cielo que toque en los confines del amor.

Federico. Ya que estamos de acuerdo en el modo de pensar, estémoslo tambien en el modo de obrar. Yo conozco el genio de mi amo, y es preciso que hagais que la Condesa misma le aconseje tome el partido de ausentarse. Seria agraviaros indicar las funestas consecuencias de la continuacion de esta correspondencia, porque conviene no pase de indiferente.

Paulina. Arduo es el asunto, pero mediando los respetos que median.... Dejadlo á mi cuidado, y no temais.

Federico. Pero es menester no perder tiempo.

Paulina. En todo hoy haré lo posible por hablarla.

Federico. Lo que ha de ser en todo hoy, no podia ser ahora?

Paulina. Será ahora, ya que tanta prisa os corre.

Federico. Quiéralo el Cielo!

Paulina. Presto volveré con la respuesta.

Federico. Pero esperais que la Condesa?....

Paulina. Todo lo espero de su bondad.

Federico. Oh! cuanto me consuela este interés que tomais!

Paulina. ¿No es obligacion de los criados el mirar por los amos?

Federico. Es verdad; pero esa obligacion la conocen pocos. No perdamos tiempo. Id á negociar con la Condesa.

Paulina. Haced lo mismo con vuestro amo.

Federico. Vedle. Yo no perderé un momento.

Paulina. Yo tampoco.

Federico. Paulina, el cielo os asista. (*tomándola de la mano.*)

Paulina. Federico á dios. (*Vase.*

Federico paseándose de prisa y restregándose las manos dice.

Como consiga separarlo de aquí, no trocaré mi ventura por todos los bienes del mundo.

Sale Verter. Ya he tenido un instante de felicidad... La he visto, sí la he visto: oh! como con una mirada, con un solo acento suyo, he disipado las negras sombras que ofuscaban mi turbada mente! Oh como ha calmado la horrible tespestad que agitaba mi angustiado espíritu!

Federico. Delira; pero si Dios quiere, será por poco tiempo. (*aparte.*)

Verter. Federico?

Federico. Señor?

Verter. Que hemos de hacer aquí?

Federico. Vos sois el amo.

Verter. Es que tu amo desea saber tu parecer.

Federico. Señor, mi parecer sirve poco ó nada.

Verter. Sin embargo....

Federico. Ya os lo dije ayer tarde.

Verter. Pero y la carta que he tenido de mi madre?

Federico. Se puede suponer, como digimos, que es atrasada.

Verter. La has visto, amigo? la has visto? (*como fuera de sí.*)

Federico. Y la he oido.

Verter. Que es lo que has oido?

Federico. La carta.

Verter. Si yo hablaba de Carlota.

Federico. No nos entendemos.

Verter. ¿Has visto con qué ansia desde el fondo del jardin, con voces y manos manifestaba que me detuviese? Ah! sino me contiene entonces vuestra presencia, segun el esceso de mi pasion, hubiera cometido alguna accion imprudente. No sé Federico, como no he muerto á sus pies de alegría y placer.

Federico. ¿Con que ha sido bueno que nosotros hayamos estado allí?

Verter. No ha sido bueno, no ha sido bueno. Ah! si tú vieses el estado de mi corazon, dirias que era mejor que yo no existiese.... (*despues de alguna reflexion*) Federico, mi existencia es insoportable.

Federico. Vos señor, perdonadme, no teneis la culpa de eso.

Verter. Para tomar otro rumbo, no tengo las fuerzas que necesito.

Federico. ¿Tantas eran menester para entrar en una silla de posta, que estaba á dos pasos de allí?

Verter. En aquel lance se necesitaba un corazon de yelo.

Federico. Seguramente no convenia tenerlo de fuego.

Verter. ¿Era creible que un desdichado, próximo á morir de una enfermedad cruel, tomase un puñal y se lo clavase al pecho, con la esperanza de que ha de sanar?

Federico. ¿Y era creible que un hombre de juicio, viéndose acometido de una enfermedad curable no permitiese le cortasen un brazo para salvar la vida?

Verter. Que hora es? (*despues de alguna reflexion.*)

Federico. Cerca de las once.

Verter. Ella venia hacia aquí; ah! y todavía no la veo!

Federico. Paulina la habrá detenido. (*ap.*) Vamos, señor, ánimo: quien os impide volver á esta quinta? Se os ha quitado acaso la esperanza de volverla á ver? No por cierto: señor, ánimo; una buena resolucion, y vámonos. Si veis á la Condesa aconsejadla que os obligue á partir.

Verter. Yo aconsejarla! ah! eso es pretender mucho del corazon de un infeliz.

Federico. Pero no del corazon de un hombre de bien. Os diré una cosa, y me iré: ¿sabeis que me han contado que ya es sabedora de vuestra pasion toda la familia? Si acaso, oh Dios! si acaso algun indiscreto.... algun maligno delator.... Si llegase

á oidos del Conde... Que males no resultarian? que trastornos? que desgracias? No conoceis ya su genio?... El es bueno y amable; pero en el honor delicado y severo. Su resentimiento tocaria al estremo.... Pero alejémonos de tan evidentes desgracias.... Ved la señora Condesa. Aconsejadla, sí, aconsejadla que os deje marchar: lo exige su decoro vuestro honor, la hospitalidad, la amistad.... todo lo exige, bastante digo. (*Vase.*)

Verter. Yo aconsejarla que me deje partir!

Sale Carlota. Yo deberé persuadirle á que se ausente.

Verter. Mi corazon no se siente con fuerzas.

Carlota. Este momento es para mí mas desagradable que yo creia; pero el honor y el deber me inspiran bastante esfuerzo: Verter? Verter?

Verter. Carlota!

Carlota. Con que habeis determinado abandonarme?

Verter. Yo abandonaros!... Sí.... es preciso: decidme, ¿tengo otro arvitrio mas que el de adoptar esta dolorosa resolucion?

Carlota. Y para adoptarla, tenias necesidad de pretestos?

Verter. Pretestos?

Carlota. Sí, fingiendo la enfermedad de vuestra madre. Nada ignoro: sabedlo, y sabed tambien que el corazon de Carlota merecia la confianza del de Verter.

Verter. Del mio! Tenia él necesidad de descubrirse? No se ha esplicado bastante?

Carlota. Ah! Verter....

Verter. Carlota.... Vos teneis que decirme alguna cosa?

Carlota. Sí, es cierto: yo debo pediros una respuesta muy importante.

Verter. Hablad.

Carlota. Yo estoy fuera de mí! Decidme, me estimais?

Verter. Que si os estimo!... os estimo.

Carlota. Y me dareis una prueba de ello?

Verter. Al instante.

Carlota. Abandonadme.

Verter. Justo cielo!... cruel!... ¿vos teneis corazon de pedirme aquello que yo no he tenido valor para efectuar?

Carlota. Sí, Verter; nuestra amistad camina á perder el candor de aquella inocencia que nos prometimos, y hasta ahora hemos conservado.

Verter. Discurris que yo pensaba en ello menos que vos?

Carlota. Por lo mismo es menester decidirse.

Verter. Con que vos me detuvisteis solo para inspirarme valor?

Carlota. Yo os detuve.... porque.... las circunstancias.... la sorpresa.... en vano trato ocultar mis sentimientos. (*aparte.*)

Verter. Sí.... decídmelo.... me habeis detenido.... porque.... porque Verter (*entregándose á la desesperacion.*) es el mas desventurado de todos los hombres. Porque no tiene el preciso valor para acabar de existir. (*Se arroja sobre una silla llorando.*)

Carlota. Ah Verter! que espresiones son esas?

Verter. Las de un hombre desesperado.

Carlota. Hablad bajo en caridad: acordaos que mis deberes son tan sagrados como terribles.... Ah! ¿son estas las últimas pruebas del puro afecto que yo me habia prometido de vos? un acto de la mas furibunda desesperacion, es la recompensa que dais á la sincera amistad de la infeliz Carlota?

Verter. Oh Dios! que mano cruel me rompe el corazon? Que angustia.... yo muero....

Carlota. Mísero Verter! (*Llorando.*)

Verter. Cruel!... (*Volviéndose á ella y viendo que llora la dice tierno.*) Tú lloras? (*alzándose.*)

Carlota. Os engañais. Yo llorar? (*disimulando.*)

Verter. ¿Por que quereis ocultarme vuestras lágrimas? aquellas lágrimas que pueden solamente apagar el inmenso ardor que me debora?

Carlota. Ah! Verter! Querido Verter, abandonadme por piedad.

Verter. Yo bien quisiera.... pero me siento morir.... no puedo, no puedo.

Carlota. No podeis? Pensad que un insuperable y eterno obstáculo nos divide.

Verter. Idea de horror!

Carlota. Con que quisierais?...

Verter. Morir de pena.... espirar de amor á esos pies que riego con mi amoroso llanto. (*Echándose á sus pies y en accion de tomarla una mano.*)

Sale el Conde Alberto, precedido de Jorge.

Jorge. Señor Conde, vedlos aquí, vedlos aquí.... (*á media voz.*)

Conde. Cielos! que es lo que miro!

Carlota. Verter, mi marido: yo estoy perdida. (*Vase al cuarto.*)

Verter. Cuando, cuando acabarán mis desgracias! (*Vase.*)

Conde. Oh cielo! que espectáculo tan horrible se ha presentado á mi vista! honor! honor! (*Se entra en su cuarto desconsoladisimo.*)

Jorge. Placer de la venganza, embriaga, embriaga de alegria mi ofendido corazon. (*Con el mayor júbilo sigue al Conde.*)



ACTO TERCERO.

Salen Paulina y Federico.

Paulina. Ay Federico!

Federico. Nada me digais.... Esta sorpresa del Conde....

Paulina. Su entrada por el jardin.... venir sin avisar.... Oh! que de males sospecho! Si el Ayo.... Ese Abate es capaz de todo.

Federico. No pudisteis avisar?...

Paulina. Acaso me lo permitió? Verle, dar yo un grito, mandarme callar, y subirse á la sala, todo fue uno mismo: y que cara!... Que cara tenia! Aquí ha habido una mala voluntad precisamente.

Federico. Cuando entraba el Conde, le acompañaba el Ayo?

Paulina. Iba delante de él.

Federico. El es sin duda. Que inicuo! Y el Conde donde está ahora?

Paulina. En su cuarto.

Federico. Y que hace?

Paulina. Está como fuera de sí.... dá lástima verle.... Yo temo alguna desgracia.

Federico. Si yo le pudiese hablar?...

Paulina. No os lo aconsejo: sobre estos asuntos piensa con mucha delicadeza.... es implacable.

Federico. Es que quisiera que tu amo se asegurase primero de la inocencia de su muger.

Paulina. Y como se hará? Pero aquí viene, retiraos.

Federico. Cuidado que le hableis.

Paulina. Perded cuidado.... Que no os vayais lejos.

Federico. Me quedaré en el pasillo. A dios. (*Vase.*)

Sale el Conde. Y mi muger?

Paulina. En su cuarto con Julia y Valerio.

Conde. Y Verter?

Paulina. En su aposento. (*El Conde se sienta despues de una pausa.*

Conde. Que no se pongan delante de mí. No quiero verlos ni oirlos.... Ay del que se atreva á nombrarlos!.... tiemblen de mis enojos.

Paulina. De que sirve el talento? Sosegaos: vos estais demasiado acalorado.

Conde. No tengo razon? No tengo razon?

Paulina. Quien dice lo contrario? Pero algunas veces las cosas parecen dis-

tintas de lo que son. A menudo la apariencia engaña. Á demas de esto al mayor delincuente, se le oye y se le admiten defensas.

Conde. Defensas! ¿Puede haber alguna para aquello que he visto con mis propios ojos?

Paulina. Y por que no?

Conde. Como temeraria! te atreves tú á disculparlos?

Paulina. Disculparlos yo? Dios me libre. Soy la primera á condenarlos. Aquí es menester cautela. (*aparte.*)

Conde. Disculpa! Que hablas tú de disculpa?

Paulina. Nada. Pero sino me hubieseis interrumpido, sabriais que si el honor tiene un motivo muy grande para condenarlos, quizá examinando el hecho, encontrará la prudencia tres ó cuatro mucho mayores para absolverlos, y en particular á mi señora la Condesa.

Conde. Yo no te entiendo.

Paulina. Ya he logrado nombrarsela. (*aparte.*) Si no os enfadaseis, yo os diria algunas cosas sobre el particular; no para defenderlos, no, que yo soy de vuestra misma opinion, pero.... Siempre convendrá que sepais por menor las circunstancias.

Conde. Habla, habla.

Paulina. Ahora es la mia. (*aparte.*) Yo no trato, como dige, de defenderlos, ni menos de tranquilizaros.... Vuestra cólera es justa, y sobre ello nada tengo que deciros; pero sabed que.... Por amor de Dios que no descubrais, que yo os he contado lo què voy á referiros. Mi señora diria, que yo soy una chismosa que la he vendido.

Conde. Dímelo todo, y no temas.

Paulina. Desde el dia que vos os partisteis, yo no me he separado ni un momento de su lado. El señor Verter, en este tiempo ha conversado con ella largo y frecuentemente. Sus conversaciones, sus diálogos eran tan sencillos, tan honestos, tan inocentes, que os aseguro no habrian dado motivo de celos, al marido mas escrupuloso del mundo. Esta amistad pasó á ser demasiado estrecha, y esto me puso en cuidado. Un dia que el señor Verter pensaba estár á solas, oí que dijo alzando las manos al cielo: oh Conde! cuan feliz eres! y cuan desgraciado soy! Mi señora oyó estas razones, y empezó desde entonces á desear vuestro regreso, el cual, á decir lo que siento, el señor Verter hubiera querido retardar. Para anticiparle, os ha escrito pocos dias hace una carta que no habreis podido recibir. El señor Verter, ó sospechando los deseos de mi ama, ó conociendo la necesidad que tenia de ello, habia determinado esta mañana ausentarse de la Quinta sin despedirse de ninguno. Súpolo mi señora, hízolo detener para averiguar la causa de su imprevista determinacion; y en esto es en lo que no tiene disculpa. Se la preguntó, se la dijo Verter; luego tal vez se declaró, y mi señora con aquel honor que le es tan propio, se enojó con él, le despreció; y para aplacarla se arrojó á sus pies.... Ved aquí rasgado el velo del misterio, que tanta inquietud os ha causado.

Conde. Ah! Paulina, ¡con que destreza procuras introducir el suave bálsamo de la incertidumbre, en la penetrante herida que ha traspasado mi corazon! pero ella, ella es incurable, profunda y cierta.

Paulina. Cuanto he dicho es la pura verdad. Averiguadlo, nada os cuesta: yo os lo ruego con todo mi corazon, haced el último esfuerzo de vuestra bondad ó de vuestra prudencia; y si miento, usad del rigor, y tomad la determinacion que querais.

Conde. ¿Hay quien pueda desmentir lo mismo que yo he visto?

Sale Federico. Si señor, yo....

Conde. Como! Que atrevimiento es este?

Federico. Un atrevimiento que procede de cierta ciencia de la verdad, de la inocencia, del conocimiento de vuestro cáracter y del ardiente deseo de salvar á mi desventurado amo.

Conde. El aleve ha vendido á su mayor amigo, el indigno ha profanado los sagrados respetos de la hospitalidad.

Federico. Él no quiere ofender á su amigo, ni profanar las leyes del hospedage. Él queria solamente huir, separarse del peligro y llevar á otro clima sus suspiros, sus ansias, sus delirios.... Perdonad, señor, disculpad el entusiasmo con que hablo.... Soy un pobre viejo, (*con ternura.*) que no tiene otro bien, ni otro consuelo que su pobre amo. Lo he visto nacer, lo he tenido en mis brazos, lo he criado, y por eso le amo, le defiendo y derramaré por él toda la sangre de mis venas.

Conde. Ninguna defensa basta. Yo le he visto suplicar, llorar....

Paulina. Un hombre que suplica y llora, llora y suplica por conseguir, no por haber conseguido. Luego mi señora es inocente.

Conde. Pero ha conseguido anticipadamente un tácito permiso para llegar á estremo semejante.

Paulina. ¿Quien puede impedir que un hombre se arroje á nuestros pies?

Conde. El decoroso freno con que este hombre se ha tratado.

Paulina. Mi ama no podia portarse con mas decoro que el que se ha portado con el señor Verter.

Federico. Mi amo no podia conducirse mejor, que huyendo para siempre de ella.

Paulina. Creedme, no merece vuestra cólera.

Federico. Persuadios, que aun no ha perdido los derechos sobre vuestra amistad.

Conde. Cielos! que terrible contraste!

Paulina. Cuando calla no es mala señal. (*aparte.*)

Federico. Cuando se conmueve, algo se puede esperar. (*aparte.*)

Sale Jorge. Señor Conde? Que harán estos aquí? (*aparte.*)

Conde. Á buen tiempo venís, retiraos. (*Á Paulina y Federico.*)

Paulina. Si quereis?...

Federico. Si gustais?...

Conde. Lo que yo quiero es, que me dejeis solo.

Paulina. Habladle en nuestro favor. (*Á Jorge y vase.*)

Federico. Haced por nosotros lo que podais. (*Al mismo y vase.*)

Jorge. Oh! Yo siempre estoy haciendo bien á todos.

Conde. Ah! Jorge, querido Jorge, aconsejadme. Quieren persuadirme, quieren alucinarme.... Ah! decidme, decidme: que debo hacer mi único, leal y verdadero amigo?

Jorge. Es tan público y delicado el asunto.... Perdonadme, por mi carácter no debo ni puedo mezclarme en él.

Conde. Conque tambien me abandonais?

Jorge. Yo abandonaros! creo que bastantes pruebas teneis del interes que tomo en vuestros asuntos.

Conde. Pero amigo, hubierais (á no haberlo visto) creido jamas que Carlota profanase....

Jorge. No prosigais, que me horroriza mas que á vos la idea de escucharlo. Ya veo, amigo mio, que en este siglo de corrupcion, no hay que fiarse de nadie; conozco que el honor se ha hecho para muchos una quimera, que oyen, se rien de ella ó la menosprecian. La fé conyugal, aquella fé que tanto era respetada de nuestras antiguas matronas, ha pasado á mirarse como un nudo.... La filosofía moderna, triunfó de nuestra sana moral, y dió con el recato en tierra. Hay mucho mal,

mucho mal oculto, en este particular. No sé como hay quien se case. Pobres maridos! Reflexionando en esto, aborrezco la sociedad, y cada dia deseo mas huir de los hombres y hacerme misantropo.

Conde. Si es un Angel! (*aparte.*) No hagais tal cosa. Que sería de mí?

Jorge. No faltan personas doctas....

Conde. Ninguna como vos. Pero en mi lugar como os conduciriais?

Jorge. Perdonad, no me está bien el decirlo.

Conde. Oh! es preciso, es preciso.

Jorge. La materia....

Conde. Es delicada; pero aconsejadme vos, me ahorro de que otro lo sepa.

Jorge. Esa razon y vuestro decoro me convencen. Lo primero que yo haria, seria echar de casa al infame seductor; y luego..... Esto os será doloroso: separaria de mi lado y lecho á mi muger: y despues por medio de un divorcio....

Conde. Oh Dios! vos me despedazais el pecho!

Jorge. Vuestro corazan está enfermo, y es menester curarlo.

Conde. ¿Pero tantos y tan grandes son sus delitos, que merecen todo ese rigor?

Jorge. Oh! no: tal vez será inocente. Su trato con Verter habrá sido un mero pasatiempo y nada mas. Verdad es que vos la cojisteis con su amante al lado; que tenian todo el lugar escandalizado con su imprudente conducta..... Que la familia murmuraba.... Pero como la apariencia engaña.... Esto no habrá sido nada, nada: tranquilizaos, y haced lo que gusteis.... mis deberes me llaman.... con vuestro permiso....

Conde. Deteneos, deteneos en caridad.

Jorge. Creedme, es mucho lo que tengo que hacer. En estas trapisondas ya se que no se gana nada. Quereis una prueba? vedla. Al ver un dia algunas cosas, que no es menester decirlas, llevado de mi celo, me tomé la libertad de hacer á vuestra muger una amistosa reconvencion sobre su sistema de vida; pero ella... (á la verdad que casi da gana de reir) ha ido esparciendo voces por todas partes diciendo que yo me habia hecho fiscal de su conducta, porque queria cortejarla: ved si un hombre como yo es capaz de esas debilidades. Al ver y oir estas y otras cosas querrán que un hombre de mi clase no se sofoque contra la corrupcion del siglo. No hay remedio, yo he de hacerme misantropo.

Conde. Que horror! Todo eso ha habido?

Jorge. Ah! si pudiese hablar, si pudiese hablar....

Sale Paulina con un paquete de cartas.

Paulina. El correo de Viena.... Si vendrá aquí la carta que yo he citado? Como vamos? (*A Jorge.*)

Jorge. Hago lo que puedo para sosegarlo; pero temo que....

Paulina. No le dejeis de la mano, proseguid. (*Vase.*)

Conde. Esta es letra de mi muger. Veamos que me escribia.

Jorge anda poco á poco, pero de modo que pueda ser visto.

Lee Conde. «Querido esposo: hace cin»co meses y tres dias que estás au»sente de tu adorada Carlota; si en »este tiempo he deseado tenerte jun»to á mi, ahora lo deseo mas que »nunca....

Jorge. Astucia femenil, astucia femenil! (*De modo que pueda ser oido.*)

Lee Conde. «Julia y Valerio están tam»bien deseando la venida de su ca»ro papá. Verter me ha insinuado »estos dias, que no puede detener»se mas tiempo en tu casa....

Jorge. ¡De que no es capaz una muger para engañar á su marido! (*Como arriba.*)

Lee Conde. «Por Dios te ruego solicites »permiso para volverte; tengo gra»ves y poderosas razones para supli-

»carlo: querido Alberto sé que me »estima.

Jorge. He aquí como en nuestra buena fé fundaba ella todas sus esperanzas.

Lee Conde. »Y por eso me lisonjeo estrecharte pronto entre mis brazos: »tus hijos te dan mil besos, Verter »te saluda: y á dios recibiendo &c." Que decis de esto?

Jorge. Nada, señor.

Conde. ¡Que corazon es menester tener para obrar distintamente de lo que se escribe!

Jorge. Yo lo creo.

Conde. ¿Pero Verter marchaba efectivamente esta mañana?

Jorge. Sobre ese artículo espero que no me pregunteis.

Conde. Por que?

Jorge. Porque os amo.... Porque hay en el mundo tal clase de maquinaciones y engaños, que deben existir siempre sepultadas en el silencio.

Conde. Oh Dios! vos me haceis temblar.

Jorge. No tembleis, no, hombre optimo, hombre protejido de los cielos por la humildad de mi persona.

Conde. Que es lo que ha sucedido?

Jorge. Tendreis valor para escucharlo?

Conde. Á todo estoy dispuesto: hablad.

Jorge. Yo he visto.... he oido.... (*Con mucho misterio.*)

Conde. Oh Dios! que cosa?

Jorge. Verter hoy se ha levantado antes del dia.

Conde. Y bien?

Jorge. La Condesa ha dejado el lecho al salir el sol....

Conde. Proseguid.

Jorge. Como sentí ruido, me he levantado una hora antes de lo que acostumbro.

Conde. Si....

Jorge. He interrumpido todos sus proyectos.... horrorizaos.... he impedido su fuga.

Conde. Cielos! Que rayo! que golpe! que traicion! Yo muero.... Jorge.... amigo, (*Se sienta como fuera de si.*) si mi situacion os compadece, si verdaderamente sois mi amigo....

Jorge. Mandadme, señor, mandadme.

Conde. Separese de mí esa pérfida: Verter huya de mi vista, dejenme para siempre.... disponedlo vos.... dadles lo que necesiten; pero que yo no los vea mas.

Jorge. Convendrá que vos deis primero la órden á alguno de la familia.

Conde. Esperaos: Paulina? (*Llama y sale Paulina.*) De hoy en adelante respetareis al señor, como á mi misma persona, obedeciendo sus órdenes como si fuesen mias. Lo entendeis? comunicadselo á toda la familia, y ay del que no le respete y obedezca. Despues pasa á mis hijos á mi cuarto. (*Vase.*)

Paulina. Oh! Que ha sucedido?

Jorge. Llama al instante á tu ama. (*Serio.*)

Paulina. Con que el amo....

Jorge. Aquí no hay mas amo que yo. Obedece.

Paulina. No me queda duda. Este es el bribon que lo embrolla todo. (*aparte y vase.*)

Jorge. ¡Cuanto he trabajado para reducir la debilidad de un hombre! Pero gracias á mi astucia, que no solo lo he conseguido, sino que me he puesto á cubierto de todo. Ahora vamos á dar el último asalto á la fortaleza, y si se resiste como siempre, entonces consumar su ruina.

Sale Carlota. Que me querrá este infame? (*aparte.*)

Jorge. Acercaos, señora, acercaos.... Creo que Paulina, ya os habrá dicho, que el Conde vuestro esposo, ha depositado en mí sus derechos, sus determinaciones: si no os lo ha dicho, sabedlo. Yo tengo una importante comision acerca de vuestra persona. Dichosa de vos, que dais con un hombre de bien, que hará todos los esfuerzos posibles para salvaros.

Carlota. ¿Y por qué estas determinaciones no me las dice él mismo?

Jorge. ¿Os parece que un hombre prudente como yo, habia de esponeros?... Sabed, que el Conde ya está enterado de todo, hasta de lo mas mínimo. Y á no ser que yo he procurado sosegarle, habria á estas horas habido una tragedia en esta casa. No lo digo por alabarme, ni ponerme bien con vos, pero creed, que el abogado de mas crédito, no os habria defendido mejor que yo.

Carlota. Que delitos se me imputan? Que circunstancias se me atribuyen? Que es lo que sabe de mí, que no tenga el aspecto de una leve culpa?

Jorge. Culpa leve eh! ¿Llamais culpa leve, el encuentro á solas con vuestro amante? Todo lo sé: todo lo he visto y puedo remediarlo todo. No creais que el espíritu de venganza me haya hecho admitir el cargo de vuestro juez: he tomado esta incumbencia, solamente porque podais concebir un rayo de esperanza en la humanidad de mi corazon, y el sincero afecto que todavía os conservo.

Carlota. Yo os lo agradezco; pero mi inocencia no teme á los jueces, ni necesita de protectores.

Jorge. No os obstineis, que os pesará. De mis manos, como dije, depende vuestra suerte. Si vuestra inocencia os defiende, todas las apariencias os condenan.

Carlota. El cielo no abandonará mi causa.

Jorge. Vuestra entereza os labra la ruina.

Carlota. Mi desgracia no tiene de que avergonzarse.

Jorge. Pero el honor está en la opinion de los hombres.

Carlota. Sí, de los impostores.

Jorge. Pero que resolveis?

Carlota. Detestaros, hombre indigno.

Jorge. Pensadlo bien.

Carlota. Soy inmutable en mi parecer.

Jorge. Ya que os obstinais en eso, sabed antes de todo, que el seductor de Verter vá á ser echado de esta casa inmediatamente, y que (el corazon se me parte al deciroslo) el Conde ha determinado divorciarse.

Carlota. Justo cielo! es posible? Mi marido tan irritado y ciego contra mí?

Jorge. Si señora.

Carlota. Mi marido! El Conde! Eh! no lo creo; no puede ser verdad.

Jorge. Demasiado que lo es.... su cólera pasa los límites del estremo.

Carlota. Puede ser tan cruel, tan injusto y tirano?

Jorge. Tambien debeis veniros conmigo.

Carlota. Donde?

Jorge. A casa de vuestros padres, y debe ser ahora y conforme nos hallamos.

Carlota. Cielos! cielos!

Jorge. Siento mucho que antes de partir, no podais tener siquiera el consuelo de abrazar á vuestros hijos.

Carlota. Por que?

Jorge. Porque ya están en poder del señor Conde.

Carlota. Ah cruel! ah inhumano! oh Dios! hijos.... hijos mios! (*Llorando.*)

Jorge. Esta última estocada debe hacer prodigios. (*aparte.*)

Carlota. Mísera Carlota!...

Jorge. Que bellas lágrimas! ánimo: todavía tiene la cosa remedio. No lo dudeis, aun estais á tiempo de justificaros, de volver á los tiernos brazos del Conde, y disfrutar de las dulces caricias de vuestros hijos.

Carlota. Como? oh cielos! como?

Jorge. Teniendo por un solo momento compasion de mí.... (*Tierno.*)

Carlota. De vos?

Jorge. Sí, querida, sí, de mí. (*Lo mismo.*)

Carlota. Hombre execrable, mónstruo de iniquidad, huye de mi vista, huye y sabe por última vez que te aborrezco, detesto, abomino y maldigo....

Jorge. Ingrata! y no podré esperar....
Carlota. Otra cosa mas que mi odio, mi desprecio y constante aversion.
Jorge. Es preciso partir, venios conmigo. (*La ase del brazo.*)
Carlota. Moriré mil veces antes, que dar un paso con vos.
Jorge. Apelaré á la fuerza.
Carlota. Veremos quien tiene mas.
Jorge. Esta muger es terrible.
Sale Paulina con Julia y Valerio de la mano atravesando.
Paulina. Vamos, niños, vamos al cuarto de padre....
Carlota. Julia, Valerio, hijos mios.... (*corre á abrazarlos.*)
Jorge. Llevadlos al cuarto del Conde. (*Á Paulina.*)
Carlota. Quien se atreverá á arrancarlos de mi seno?
Jorge. Como es esto? Yo.... (*Vá á quitárselos.*)
Carlota. Temed, hombre infernal, el furor de una madre desesperada. (*Defendiendo á sus hijos.*)
Jorge. Está de modo que es preciso temerla.
Sale el Conde. Donde están mis hijos? (*Á Paulina.*)
Jorge. Venid, señor Conde, venid; todo mi bien ha sido infructuoso.
Carlota. Alberto! Esposo!...
Conde. Te aconsejo que te alejes. (*Toma á los niños de la mano.*)
Carlota. Oyeme por piedad....
Conde. Déjame te digo: anda Paulina. (*Paulina lleva á los niños de la mano al cuarto del Conde.*)
Jorge. De todo esto nadie tiene la culpa, mas que el indigno de Verter.

Salen Verter y Federico.

Verter. Verter no es un indigno: ya se presenta para vindicarse y confundiros.
Jorge. Perdonad, caro amigo, yo lo digo porque asi.... lo.... he.... oido.... decir....
Conde. Y que! no es un indigno, y aun mas que indigno, aquel que seduce la muger de otro, que profana la amistad, que ofende la hospitalidad, que intenta una fuga?...
Jorge. Ay triste! aquí entro yo. (*ap.*)
Verter. Yo seducir? Yo intentar una fuga? Quien es el monstruo que ha fraguado semejante impostura?
Conde. Este hombre probido, que la ha impedido.
Carlota. Oh pérfido!
Jorge. Si pudiese escaparme!... (*aparte.*)
Carlota. ¿Este hombre justificado que se atreve á hacerme proposiciones amorosas?...
Jorge. Lo oís? (*Al Conde.*)
Carlota. Que de todos modos quiere obtener conmigo una correspondencia ilícita?
Jorge. No os lo dije? (*Al Conde.*)
Conde. Añade, añade á tus delitos el de calumniar al hombre mas de bien.
Jorge. Dejadla, dejadla que diga: al oro no se le pega nada.
Verter. Conde, ved que os engañan.
Conde. ¿Me negareis que ibais á partiros esta mañana, y que despues lo suspendisteis?
Verter. No por cierto.
Jorge. Veis si yo miento? (*aparte al Conde.*)
Conde. Idos, idos de mi casa.
Verter. Yo no saldré de ella, sin que primero no hayais escuchado á todos.
Conde. Os costará la vida vuestra temeridad. (*Á Verter y vase.*)
Verter. Vil, indigno, me las pagarás. (*Á Jorge y vase.*)
Carlota. Haz manifiesta nuestra inocencia, ó teme mi indignacion. (*Á Jorge y vase.*)
Federico. Mírame, soy un pobre viejo, pero viejo como soy, sabré arrancarte del pecho ese corazon, centro de iniquidades. (*Á Jorge y vase.*)
Paulina. Vos habeis empañado el candor de mi señora?, pues no os arriendo la ganancia. (*Á Jorge y vase.*)
Jorge. Pobre de mí! Que es lo que yo

he hecho? Ah! pasion del amor! no vuelvas á rebelarte.

ACTO CUARTO.

Sale el Abate Jorge de su cuarto sobresaltado.

Jorge. No quisiera reñir con aquel desesperado de Verter. El asunto se ha hecho sério, y aun mas que sério. Convendria tener mucho valor, y no poca desvergüenza para sostener lo que he dicho. La desvergüenza no me faltará: pero el valor? de ese dudo mucho. Oh! si pudiese alejar de aquí á Verter! entonces no tendria que temer. Solo me falta dar la última mano al asunto.

Sale Ambrosio. Señor?

Jorge. Que sucede?

Ambrosio. Hay aquí alguno?

Jorge. No lo ves? nadie.

Ambrosio. Vaya vmd. con dios, que ha hecho vmd. una cosa....

Jorge. Que cosa?

Ambrosio. Haber levantado el enredo, que mi amo queria escaparse con la señora Condesa.

Jorge. Yo no lo he inventado.

Ambrosio. Pues quien?

Jorge. Paulina: la cual me lo ha confiado.

Ambrosio. Sí, Paulina?

Jorge. La misma.

Ambrosio. Voy á ver si es verdad. (*ap.*)

Jorge. Donde vas?

Ambrosio. Al cuarto del amo, que no quiero dejarlo solo.

Jorge. Dime, Ambrosio....

Ambrosio. Que quereis?

Jorge. Que dices de lo que ha sucedido?

Ambrosio. Oh! Yo no lo sé.

Jorge. Cuéntamelo, cuéntamelo. Vaya un polvo.

Ambrosio. Es menester mas que tabaco para salvaros.

Jorge. Por qué?

Ambrosio. Mi amo ha jurado, que.... oh! y lo ha jurado de modo que no quisiera estár en vuestro lugar por todo el oro del mundo.

Jorge. Yo me precaveré. (*aparte.*) Pero que es lo que dice?

Ambrosio. Teneis verdaderamente ganas de saberlo?

Jorge. Sí: y pronto.

Ambrosio. Aun estabais de sobre mesa y nosotros en la cocina....

Jorge. Y bien?

Ambrosio. Uno comia en fin, otro sentado.

Jorge. Á que viene eso?

Ambrosio. Os lo quiero contar todo como se debe. Cuando Paulina ha venido á buscar una taza de caldo para su señora, y preguntándole todos como estaba, nos ha dicho (que daba compasion) que el amo estaba determinado á enviarla con su padre, y que ya quedaba vistiéndose de camino....

Jorge. Muy bien! á maravilla. (*aparte.*)

Ambrosio. Francisco el cocinero le preguntó quien habia dicho al amo lo de la fuga, y todas aquellas otras cosas....

Jorge. Y ella?

Ambrosio. Ella.... (*Embarazado.*)

Jorge. Sí: y que ha dicho?

Ambrosio. Quereis verdaderamente saberlo?

Jorge. Si.

Ambrosio. Ha dicho que el bribon del Ayo....

Jorge. Oh!

Ambrosio. Sí, en verdad.

Jorge. No puede ser.

Ambrosio. Lo ha dicho á fe mia.

Jorge. Anda, digo que no puede ser.

Ambrosio. Venid á la cocina conmigo, vereis como todos dicen lo mismo.

Jorge. No quiero saber mas.

Ambrosio. Primeramente teniais tanta curiosidad, y ahora no quereis saber nada: escuchad á lo menos lo que ha dicho Paulina al cocinero.

Jorge. Pero el cocinero ya habrá respondido al alma.

Ambrosio. Al contrario: ha dicho, ese picaron merecia que yo le hiciese un plato, que no volviera á comer mas en la vida.

Jorge. Infame. Yo le echaré de casa....

Ambrosio. Y todos han dicho á Francisco hazle, hombre, hazle.

Jorge. Anda, bruto, anda, quítate de ahí.

Ambrosio. No quereis saber mas?

Jorge. Ya te he dicho que te vayas.

Ambrosio. Peor para vos sino quereis oir lo mejor. Basta: ahora estais de mal humor, y quereis quedaros solo. Á dios. (*Vase.*)

Jorge. Aquí no hay que perder tiempo. Conviene que el señor Conde se resuelva al instante. (*En acto de partir se encuentra con Verter.*)

Sale Verter. Deteneos.

Jorge. Un asunto muy preciso me obliga.... luego nos veremos.

Verter. No me repliqueis.... tengo que hablaros.

Jorge. Aquí es ella. (*aparte.*) En que puedo yo serviros?

Verter. ¿Con que fundamento habeis dicho al Conde, que yo habia meditado una fuga con su muger? Responded pronto, no es asunto que tiene mucho que pensar: vamos.

Jorge. Flema, flema, señor Verter amabilisimo. Parece imposible que un jóven de talento como vos....

Verter. Dejaos de alabanzas y respondedme.

Jorge. Ya os responderé.... sosegaos, tranquilizaos, y sabreis de quien, el como y cuando lo supe.... Sentaos, sentaos. (*Le arrima una silla.*)

Verter. Estoy bien así. Amas no teneis un asunto de mayor priesa?

Jorge. Es verdad, pero cuando se trata del señor Verter, dejaria todas las cosas del mundo por servirle.

Verter. Menos cumplimientos y despachemos.

Jorge. Quereis saber quien es el orígen de todos estos enredos? La chismosa de la Aya.

Verter. Paulina?

Jorge. Sí, la misma.... Pero señor Verter prudencia.

Verter. No es posible. Paulina es una muger prudente y honrada, no puede haber dicho semejante cosa.

Jorge. Como! Dudais?

Verter. Tanto, que os digo que mentís. (*Acalorado.*)

Jorge. Sois dueño de decirme lo que querais, pero....

Sale Ambrosio. Sabed, señor Jorge, que he ido á preguntar á Paulina si era verdad que ella os habia dicho, que mi amo queria huir con su ama, me ha dicho llena de furor, que erais un impostor, y que os sacaria la lengua.

Jorge. Ahora si que estoy fresco! (*ap.*) que venga, que venga Paulina; que yo sabré infundirle respeto, yo la haré callar picarona.

Sale Paulina. ¿Yo os he dicho que mi ama queria huir con el señor Verter? (*colerica.*)

Jorge. Tú, sí, tú.

Paulina. Cuando?

Jorge. Esta mañana al amanecer.

Paulina. Donde?

Jorge. En esta misma sala.

Paulina. Como?

Jorge. En secreto.

Paulina. Oh impostor! infame!

Jorge. Veis como os he dicho la verdad? (*Á Verter.*)

Paulina. Y lo jurareis?

Jorge. Cuando querais.

Paulina. Juradlo.

Jorge. Lo juro á fe de hombre de bien.

Paulina. Indigno! perjuro!...

Jorge. Veis como es verdad? (*Á Verter.*)

Paulina. No se quien me detiene, que no os arranco ese corazon malvado.

Ambrosio. Pues yo no soy seguramente.

Jorge. Favor, que me matan.

Sale el Conde. Que es esto?

Jorge. Señor, defendedme; todos son contra mí, todos me quieren matar porque os defiendo, porque sostengo vuestro decoro.

Paulina. No es verdad.

Conde. Calla.

Paulina. Escuchadme.

Conde. Vete de aquí. Poco falta para no hacerte echar de casa.

Jorge. Perdonadlos, perdonadlos; yo os lo suplico.

Paulina. Ah! Ipócrita del diablo. (*ap.*)

Conde. Amigo, es preciso que me deis la última prueba de amistad, llevando á mi muger á la casa de sus padres.

Jorge. No quisiera que despues se dijese, que yo os lo he aconsejado.... ya veis hay tan malas lenguas....

Conde. Por eso no temais. Prevenios porque debe ser al instante.

Jorge. No replico.... tenia que deciros de palabra. (*Al Conde aparte.*) Verter ha venido aquí espresamente para calumniarme.

Conde. No importa.

Jorge. Es que cuidado. Á dios señor Verter. (*Vase.*)

Paulina. Permitis, señor, que os hable?

Conde. No.

Verter. Y á mí?

Conde. Tampoco.

Paulina. Dejémoslos solos: vamos. (*Á Ambrosio y vase.*)

Ambrosio. Pero sin apartarnos mucho. (*Vase.*)

Verter. Con que ni aun á mí quereis escucharme?

Conde. Tratais tal vez de defenderos?

Verter. De ningun modo.... Solo trato de haceros conocer la verdad, haciendo justicia á la inocencia calumniada, y despues partirme sin la infame nota de traydor.

Conde. Vos estabais á los pies de mi muger, vos teniais todo el rostro bañado en lágrimas, y aquellas lágrimas eran derramadas porque vuestros proyectos no habian tenido el buen éxito que pensabais. ¿Y os atreveis con todo eso á decirme, que quereis partiros sin la nota de traydor?

Verter. Es verdad que lloraba, pero eran mis lágrimas dimanadas de un puro y honesto orígen, de una amarga, pero honesta resolucion.

Conde. Y que pruebas podeis darme?

Verter. Las de mi asercion, que supera á todas las apariencias que pueden condenarme, y deben dárseles mas crédito, que á los dichos de toda la familia.

Conde. La primera prueba es nula: la segunda sospechosa.

Verter. Vos estais seducido y engañado por un pérfido calumniador.

Conde. Bien me dijo Jorge: Verter quiere calumniarme. Pero á ese pérfido, á ese calumniador le debo el descubrimiento de las insidias que se trataban contra mi honor.

Verter. Ah Conde! os juro por mi honor, que vuestra consorte es inocente. Sí, inocente.

Conde. Y vos que sois?

Verter. Infeliz: sí, infeliz. Yo no pudiendo resistir por ser mi corazon, por mi desgracia, demasiado sensible tenia determinado triunfar de él huyendo del peligro.

Conde. Pero, y la fuga de mi muger?

Verter. Es una impostura: jamas le pasó por el pensamiento semejante idea. Y para que veais la sinceridad con que os hablo, sabed, que si hay algun delito en la serie de estas desazones domesticas, lo es de parte mia, repito que lo juro....

Conde. Son inútiles los juramentos, cuando acriminan los hechos.

Verter. Con que me teneis por perjuro?

Conde. Y por que quereis que os tenga?

Verter. Por un infeliz, que se ha dejado seducir por un momento de los lisongeros atractivos de la hermosura y de la virtud.

Conde. Pues yo os tengo por otra cosa mas.

Verter. Por que me teneis? decidlo.

Conde. Por un seductor, infame, pérfido, que con el especioso velo de la hospitalidad ha atentado á lo mas sagrado del hombre de bien, que ha querido.... ¿Me negareis que habeis desterrado de mi corazon y casa la paz, la dulce paz que formaba toda mi delicia?

Verter. Pero á lo menos no atribuyais esos delitos á vuestra inocente esposa.

Conde. Si así fuese, no vacilaria un punto en derramar la mitad de mi sangre.

Verter. Pero quien depone contra ella?

Conde. Vuestra pertinaz defensa.

Verter. Donde están los testigos que la condenan?

Conde. Hay uno solo que basta por muchos.

Verter. Y quien es?

Conde. El cándido, el bendito del señor Jorge.

Verter. El mas inicuo, el mas pérfido de todos los hombres.

Conde. Para vuestra mala lengua.

Verter. ¿Con qué habeis decidido absolutamente la eterna infamia de vuestra muger?

Conde. Yo decido solamente algun resentimiento á mi decoro ofendido.

Verter. Con que yo he sido toda la causa de su ruina? Conde.... suspended.... yo os lo suplico.... suspended tan terrible sentencia, ved que es inhumana, injusta, y....

Conde. Yo no vacilo, cuando se trata de mi reputacion.

Verter. Pues yo tampoco vacilaré en hacer que lloreis con lágrimas de sangre vuestra inconsiderada credulidad. (*Con despecho.*)

Conde. Que quereis decir con eso?

Verter. Nada, nada.... Yo haré....

Conde. Que hareis?

Verter. Al mismo dia.... la inocencia.... la verdad.... (*Como delirando.*)

Conde. Esplicaos.

Verter. No es tiempo.... no ha llegado todavía el momento.... bárbaro.... Yo me esplicaré, yo me vengaré. (*Vase.*)

Conde. ¡Oh cuanta pena me ha costado este discurso! ¿por que he de tener un corazon tan sensible cuando necesito tenerle lleno de inflexibilidad y dureza? (*Se pasea con la mayor agitacion.*)

Sale Paulina. Señor.... (*Llorando.*)

Conde. Que quereis?

Paulina. Mi ama....

Conde. Y bien?

Paulina. Tiene órden de partir.

Conde. Que parta.

Paulina. Señor....

Conde. Que tienes?

Paulina. Compadecedme.... no puedo libremente hablar.... porque las lágrimas me embargan hasta el aliento. (*Sollozando.*)

Conde. Que tenias que decirme? (*Algo conmovido.*)

Paulina. Tened compasion de aquella infeliz señora. Es inocente, señor, es inocente. Yo os lo juro.

Conde. Todos, todos lo decis así; pero uno solo, á quien todos habeis tenido hasta ahora por un oráculo, dice lo contrario.

Paulina. Ese no puede ser otro, mas que el pícaro del Ayo.

Conde. Pobre señor! ¡cuantos ultrages tiene que sufrir por causa mia!

Paulina. ¿Y quereis que ella parta acompañada de aquel seductor?

Conde. Yo sé que puedo fiarme de él.

Paulina. Y si os engañase?

Conde. No puede ser.

Paulina. Antes de partir concededle á lo menos una gracia.

Conde. Cual es?

Paulina. Permitidla que os vea.

Conde. Si se lisongea que su vista me ha de alucinar, es inútil; ya puede irse.... (*Volviendo la espalda.*)

Paulina. Pues yo no me moveré de aquí hasta lograr este favor. (*Se arrodilla.*)

Conde. Yo sabré irme.... (*Se vuelve para irse y ve á Paulina arrodillada.*)

Que haces? levántate.

Paulina. Sin la gracia no me levanto.

Conde. Mereciais que....

Paulina. Matadme, pero oidla.

Conde. Vé dila, dila que venga.... que despache y despues que parta.

Paulina. Bendito sea vuestro buen corazon. Cielo! ahora te toca dar ánimo á mi pobre señora. (*Vase.*)

Conde. He aquí el terrible encuentro que yo queria evitar. Sí á lo menos viniese el señor Jorge! Me parece que su presencia me inspiraria aquel vigor, que me quitan las lágrimas de toda esta gente.

Sale Carlota vestida de camino y Paulina.

Paulina. Animaos, suplicad, llorad, quien sabe....

Carlota. Alberto?

Conde. Que quieres?

Carlota. ¿Con que has decretado la ruina y deshonra de tu muger?

Conde. Sí, ya es inevitable.

Carlota. ¿Y no me has querido tan siquiera escuchar?

Conde. No, porque sabia todo lo que querias decirme.

Carlota. No lo podias saber hombre incauto, hombre crédulo y tirano.... Escúchame, escúchame: (*con dignidad y entereza.*) lo puedo exigir, lo debo pretender; y tú no me lo puedes negar. Respóndeme. Cuales son mis delitos? El haberme encontrado con Verter postrado á mis pies? esto puede acusarle á él, pero no á mí. Que lloraba, que suplicaba? Un hombre no llora ni suplica á los pies de una muger, cuando ésta, es mas condescendiente que firme, mas débil que entera; mas inclinada á ceder, que dispuesta á resistir. Se habla de una fuga que teniamos premeditada, como de un hecho que necesita de verídicas y nada equívocas pruebas. ¿Que fundamento tiene este supuesto delito? Una asercion. En un argumento de honor, en que se trata de la reputacion de una muger, de la paz de una familia, de la honestidad de un amigo, de la lealtad de unos domésticos, donde el resultado del proceso de una hora, es la eterna perdicion de una desdichada consorte, ¡se dá tanto valor á una sola asercion! Dese á esta asercion toda la fe que se quiera. Toda la familia depone contra este falso testimonio. Luego ¿por qué aquella asercion ha de ser creida y esta otra no? Por qué aquel solamente ha de ser síncero y honesto, y los otros indignos y perjuros? Huir! huir! á que fin? Si nosotros hubiesemos caminado de acuerdo ¿donde podiamos encontrar sitio mas apropósito que éste? Aquí la soledad, aquí la libertad reyna por todas partes. ¿Por que habiamos de publicar un amor, que podiamos tener con tanta comodidad y secreto? Aun cuando yo fuese culpada, ¿por que se ha de precipitar un juicio, que con un estraño se habria mirado y pesado con toda madurez? Por qué ha de preceder la pena á la realidad del delito? Por qué? Mas yo no debo defenderme; solo te debo decir, que yo te dí mi corazon puro é inocente, que tal te lo he conservado hasta ahora. Que siempre he sido esposa fiel, y madre amorosa; y que si una apariencia me ha robado tus afectos, y ha obscurecido mi virtud, el cielo, el justo cielo que no deja perecer á aquel que en él confía; que castiga á los malos, y salva á los inocentes, volverá por mi honor, salvará mi inocencia, y me restituirá á los brazos de un esposo, de que la calumnia y la iniquidad me han privado.

Conde. Oh Dios! donde estoy? Que resuelvo? Ah! corazon débil anímate, recobra tu teson. Está bien, yo pensaré en ello.... Pero en tanto es preciso que os vayais con vuestro padre.

Carlota. Cielos, cielos! ya no me que-

da esperanza alguna.... (*Cae desmayada en una silla.*)

Conde. Carlota! Justo cielo!

Carlota. Yo partiré.... sí, yo partiré.... pero antes un abrazo, un dulce abrazo á mis tiernos hijos, y.... despues te obedeceré.

Conde. Paulina?

Sale Paulina. Señor?

Conde. Los niños.... (*Entra Paulina por ellos.*) Si sois inocente.... yo veré.... Sí, yo tomaré á mi cargo vuestra defensa.... Pero entre tanto....

Sale Paulina con Julia y Valerio de la mano.

Paulina. Aquí están, señor. (*Valerio y Julia van á la Condesa, pero Julia viendo que esta llora, dice.*) Papá, la mamá llora, no permitais que vaya con el Ayo. No?

Conde. Oh cielo!

Valerio. Escuchad. (*Le lleva á un lado y le dice en secreto.*) Yo me he escondido detras de la mampara, y el Ayo ha hecho llorar á la mamá, le ha dicho ingrata, y mamá impostór.... infame....

Conde. Como, como? habla, habla hijo mio.

Valerio. Sí, él la ha dicho ingrata, y mamá impostor.

Conde. Cielos! que escucho!

Paulina. Con que? (*aparte las dos.*)

Carlota. No me queda esperanza.

Conde. Estoy fuera de mí.

Paulina. Miradle, piensa, reflexiona...

Conde. Aquí es preciso la dilacion: cielos si me habrá engañado!

Sale el Abate Jorge de camino.

Jorge. Ya está todo pronto para el viage.

Conde. Conviene no decir nada. (*ap.*)

Jorge. Se marcha ó no se marcha? (*Al Conde.*)

Conde. Todavía no.

Jorge. Se ha suspendido el viage? (*Paulina con una accion de rabia le dá á entender que sí.*)

Julia. Mamá ya no va con vos. (*á Jorge.*)

Jorge. Se puede saber la causa? (*Al Conde.*)

Conde. Ya la sabreis. (*Paulina se mofa del Abate.*)

Jorge. Y entre tanto?

Conde. Idos á vuestro cuarto, y no salgais de él sin mi orden. (*Con seriedad.*)

Jorge. Como?...

Conde. Marchad.

Jorge. Lo entiendo, el azar que corre no es muy bueno para mí. (*Aparte y vase.*)

Paulina. Señor....

Conde. Chito, hasta mañana.

Carlota. Con que Alberto?...

Conde. Calla, vete á descansar, mañana nos veremos. (*Vase.*)

Carlota. Cielo! lo veo, lo veo claramente; tú proteges mi causa, tú defiendes mi inocencia. (*Toma á sus hijos de la mano y entra en su cuarto.*)

ACTO QUINTO.

Salen Federico con una luz y Paulina con otra; las ponen en una mesa.

Paulina. Os digo que todo me parece que irá bien. Por decontado se ha suspendido el viage. El amo está pensativo, y se pasea como siempre por el cuarto; y entre dientes tiembla de cólera, le he oido decir estas palabras. Oh! como me han engañado!...

Federico. Y la Condesa?

Paulina. Se ha recogido un poco, pero siempre temerosa por la incertidumbre de su destino.

Federico. Voy á dar al amo estas buenas noticias.

Paulina. Aconsejadle que al ser de dia se vaya.

Federico. Paulina mia, está de modo que no tengo valor de hablarle. Si vierais que pálido! Que demudado está.... Yo temo alguna desgracia.

Paulina. El tiempo y la distancia lo remediarán todo. Federico buenas noches. (*Vase.*)

Federico. A dios Paulina. (*Federico va á entrar en el cuarto de Verter: sale Ambrosio y le detiene.*)

Ambrosio. Detente Federico.

Federico. Como? Por que has dejado al amo á solas?

Ambrosio. Detente y escuchame. Me he aprovechado de este momento con el pretesto de venir por la luz. Tengo que contarte una cosa.

Federico. Pero cual es? Pronto, dila.

Ambrosio. Sabe que habiendo puesto en la antecámara del cuarto del amo, la mesita en que cena todas las noches, mientras que he entrado dentro, he visto que sacaba un cucuruchito de la faltriquera, y que ha echado no sé que cosa en el vino.

Federico. Oh Dios! corramos....

Ambrosio. Espera, ¿crees que yo soy algun tonto? Yo he pensado mal de ello, y así que se ha vuelto á su estancia, sin que me viese he arrojado aquel vino por la ventana, y le he echado otro de la botella.

Federico. Bendito seas. (*Vase al cuarto.*)

Ambrosio. Federico cree, que él es el único criado bueno que hay en el mundo, y no sabe que si hay Federicos no faltan Ambrosios.

Sale Verter. Por que no viene esa luz?

Vuelve Federico. Perdonad si he tardado. Me he detenido un poco con Paulina, la cual me ha dado algunas noticias buenas.

Verter. Y cuales son?

Federico. Que el viage de la Condesa se ha suspendido por ahora: que el Conde está cerca de convencerse de su inocencia, y empieza á creer que ha sido impostura del Ayo.

Verter. Lo dices por consolarme, pero no es verdad.

Federico. Si que lo es, señor, si que lo es.

Verter. No puede ser: esto seria para mí del mayor consuelo, y está resuelto que Verter, mientras viva debe ser desventurado.

Federico. Creedme.

Verter. Sí, mientras viva.... (*Despechado.*)

Ambrosio. A todo dile que sí, no contradigas. (*A Federico.*)

Verter. Me parece que todos se han recojido.

Federico. Si señor, todos.

Ambrosio. Menos nosotros tres.

Verter. Teneis razon, estareis cansados: Idos á recoger.

Federico. No quereis tomar alguna cosa.

Verter. No.

Federico. Como aun no habeis comido hoy cosa alguna.

Verter. No importa.

Federico. Tomad una friolera.

Verter. Si.... bien.... traed la cena aquí. (*Federico y Ambrosio entran al cuarto de Verter, sacan un plato, salvilla con vasos, una botella, y lo ponen todo sobre una mesa.*) Este sitio es oportuno para mi determinacion. Estas dos cartas se enviarán mañana: la una á mi madre, y la otra á mi amigo Guillermo. Esta otra la pondré junto á mí.

Federico. Con que no quereis ir en persona?

Verter. No, que pienso viajar hácia otra parte.

Ambrosio. El no sabe, que yo he desenganchado los caballos.

Verter. Id con Dios.

Federico. Y no quereis que yo os sirva?

Verter. No tengo necesidad de ninguno: marchaos.

Federico. Vete á dormir Ambrosio, que yo no me acostaré hasta que se haya recojido.

Ambrosio. Tengo sueño y no es menester que me lo rogueis mucho. (*Vase y Federico se retira.*)

Verter. Ya estoy solo: sí, en este sitio, en el que he causado tantas amarguras.... tantas lágrimas.... de-

termino vengarlas. Examinemos de espacio mi determinacion. Ya he escrito á mi madre. Desdichada madre! cuanto llorarás asi que abras ésta carta, y veas que yo he muerto! pero llorarias todavía mas si me vieses con los afanes de mi corazon, pasar una vida miserable y horrenda. He escrito tambien á Guillermo.... y esta otra carta pondrá al Conde en estado de reconocer la inocencia de Carlóta, de compadecer mi destino, y de horrorizarse de su determinacion.... pero á esta carta le falta alguna cosa; si le falta, la firma y la confesion del infame Jorge. Sin este requisito podria dudarse de la inocencia de la Condesa.... Yo no debo separarme de ella con esta incertidumbre. Llamaré á Jorge, (*Se levanta.*) y luego, luego daré el último á dios á Carlota. Señor Jorge? (*Llama bajo.*) Estará durmiendo, convendrá alzar la voz. No quisiera que alguno se dispertase. Señor Jorge? (*Llama recio.*)

Jorge dentro. Estoy en la cama. (*Manifestando temor.*)

Verter. Levantaos que tengo que hablaros.

Jorge. Mañana, mañana.

Verter. El asunto de que se trata es muy interesante, y no admite dilacion. Sabed que os juro por mi honor, que no correis riesgo alguno. Si os escusais echaré abajo la puerta, y no me hago responsable de vuestra vida.

Jorge. Siendo así me fio de vos. (*Sale.*)

Verter. Como! dormiais con el vestido puesto?

Jorge. Yo diré.... así.... como tenia tanto sueño me eché sin desnudarme.

Verter. Eso no me importa.

Jorge. Mejor. En que puedo serviros?

Verter. Sentémonos.

Jorge. Como gusteis. (*Se sientan.*)

Verter. Se dice en esta casa que vos sois un pícaro, un calumniador.

Jorge. Pero no es verdad. (*Alto.*)

Verter. Chito, que la familia duerme. Yo lo digo principalmente.

Jorge. Vos sois dueño de decirme como amigo cuanto querais.... pero....

Verter. No griteis: no me retracto, lo digo de veras y soy capaz de mostraroslo.

Jorge. Chito que la familia duerme.

Verter. Decidme: ¿las almas de los inicuos son susceptibles de remordimientos? ¿Pueden con una pública retractacion cancelar en parte la memoria de sus pasados delitos?

Jorge. Quien lo duda? Pero que quereis decirme? ....

Verter. Yo os lo esplicaré: vos sois un hombre de mediana edad.

Jorge. Así es: pero no soy ningun decrépito; aun tengo el alma en mis carnes.

Verter. Oh! cuanto engañan al hombre las esperanzas!

Jorge. Ay Dios!... (*aparte.*)

Verter. Vos ahora sois, y en un instante podeis dejar de ser.

Jorge. Malo! Ya me lo decia el corazon! (*aparte.*)

Verter. Y asi no fuera malo que os dispusieseis antes que os hagan disponer.

Jorge. ¿Quereis creer que siempre sobre ese particular he sido desidioso?

Verter. Pues yo haré que seais diligente.

Jorge. Gracias; pero no tratemos de cosas melancólicas.

Verter. Antes es preciso tratar de ellas.

Jorge. Será lo que vos querais.... ¡Que ojos tiene de espiritado! (*aparte temblando.*) ...

Verter. Por que temblais?

Jorge. Porque tengo frio.

Verter. Yo al revés, estoy muy acalorado.

Jorge. Diversidad de temperamentos.

Verter. Sosegaos, y escuchadme: esta familia por vuestra causa y la mia está en el mayor desorden.... Y yo la debo vengar.

Jorge. Un hombre virtuoso no debe alimentar los bajos sentimientos de la venganza.

Verter. No repliqueis á cuanto yo digo, si estimais la vida.

Jorge. Decis muy bien señor Verter.

Verter. Y la vengareis vos tambien.

Jorge. Como?

Verter. Castigándoos á vos mismo por vos mismo.

Jorge. Oh Dios!

Verter. Volviendo la tranquilidad á esta casa, el honor á la Condesa, la paz al corazon de su marido, y la reputacion á mí.

Jorge. Muy bien.... Si señor.... Pero como?

Verter. Firmando este papel, en el cual consta que un acto de celos os ha inducido á tantos escesos; que vuestro amor por la Condesa, (siempre despreciado) os ha precipitado y puesto en estado de delatarla de infiel, y que no podeis asegurar ninguna cosa en perjuicio de los dos.

Jorge. Ay de mí! Y no quereis otra cosa mas? Estoy pronto, prontisimo á hacer justicia á la reputacion del señor, y á la inocencia de mi señora la Condesa.... Confirmo todo esto porque en efecto esta noche me ausento. (*aparte.*)

Verter. Vamos, firmad.

Jorge. Y tintero?

Verter. Teneis razon.

Jorge. Yo iré á mi cuarto por el mio.

Verter. No teneis que moveros de la silla. (*Vase á su cuarto.*)

Jorge. No me moveré. Ay de mí! en que aprieto me hallo?... todo tiemblo!.... temo que una sofocacion.... Beberé un poco de vino.... Que rico es! no será malo repetir la dosis, me parece que me ha reanimado: pero ya vuelve.

Sale Verter. Aquí está el tintero, firmad.

Jorge. Como gusteis.... Está asi bien? (*Despues de firmar.*)

Verter. Perfectamente.

Jorge. Que paseis muy buena noche. (*Levántase.*)

Verter. Aun no es tiempo, esperaos.

Jorge. Si tendremos otra? (*aparte.*)

Verter. Saludareis en mi nombre á toda la familia.

Jorge. Pues que partis?

Verter. Sí.

Jorge. Que lleveis un buen viage. (*Se levanta.*)

Verter. Esperad, dareis dos besos, uno á Julia y otro á Valerio.

Jorge. En todo quedareis servido.

Verter. A Carlota la direis.... Sí, la direis que yo he bebido este vino por ella.

Jorge. Así me gusta: brindémosla los dos á un tiempo.

Verter. No, que quiero brindar yo solo.

Jorge. Como gusteis. Yo ya he bebido mi parte. (*aparte.*)

Verter. Este vino es un sánalo-todo.

Jorge. Muy bueno, ahora dormir bien.

Verter. Ah! y eternamente.

Jorge. Eternamente no.

Verter. Eternamente; sí, porque está envenenado.

Jorge. Envenenado ese vino? (*Se levanta de pronto.*)

Verter. Sí; que teneis?

Jorge. Que yo he bebido dos veces.

Verter. Pues ya estais muerto.

Jorge. Socorro, misericordia, un antídoto, un contra veneno....

Sale Federico. Que ha sucedido?

Verter. Que Jorge ha bebido de ese vino, que yo habia preparado para mí.

Federico. Que escucho! Por Dios que no se publique.

Jorge. Socorredme por amor de Dios. (*Se sienta en una silla.*)

Salen el Conde, Carlota y Paulina.

Conde y Carlota. Ay Dios! que es esto?

Sale Ambrosio. Quien me ha llamado?

Jorge. Que yo he tomado el veneno, que Verter se habia echado en el vino.

Carlota. Cielos!

Conde. Que escucho! será posible?...

Verter. Si señor: y ahora mismo vereis espirar á entrambos.

Jorge. Desdichado Jorge! no perdais tiempo, socorredme, ayudadme. (*Ambrosio se rie.*)

Verter. Todo es inútil, el veneno es tan activo, que no admite remedio.

Jorge. Ah! que yo bebiese!

Federico. A lo menos haced una buena accion antes de morir. Confesad al Conde la verdad de todo. (*Ambrosio se rie.*)

Jorge. Ay de mí!... si.... me parece que ya empiezo á sentir los efectos del veneno. Vuestra muger es inocente, yo estaba enamorado de ella, y por haberme severamente reprendido, he tomado la venganza de acusarla.

Paulina. El cielo castiga vuestra iniquidad.

Jorge. Demasiado que es cierto.

Federico. Y de mi amo confiad....

Jorge. Oh Dios! de Verter no puedo decir bien, porque por causa suya estoy envenenado. Oh cielo! pero lo de la fuga ha sido una impostura.

Federico. Lo oís? (*Al Conde.*)

Ambrosio. Teneis ahora ganas de darme un polvo? eh?

Jorge. Tambien he de ser escarnecido en estos momentos?

Ambrosio. No lloreis, no, mal hombre, que en vos se verifica el proverbio, de que todos los pícaros tienen fortuna.

Jorge. Por que me dices eso?

Ambrosio. Es verdad que el amo habia envenenado el vino: pero yo lo remedié con tiempo; y por vos bien sabe Dios que me pesa.

Jorge. Y no podiais habermelo dicho antes, guiton?

Ambrosio. Son esas las gracias que me dais? La fuerza del delito y vuestra debilidad os acaban.

Jorge. Ya lo conozco: Oh Dios! siento los efectos de vuestra justicia.

Conde. Ah! pérfido malvado!

Jorge. No os sofoqueis; para mañana, antes de amanecer, tenia prevenida la posta con ánimo de ocultar en la fuga mis delitos; mas todo ha sido ocioso. El cielo ha protegido la inocencia, y castiga mis culpas.

Conde. Sí pérfido! La torre de este castillo será tu morada, hasta tanto que el Rey castigue tus horrendos delitos. (*Asegurándole.*) Ola? Llevadle. (*Llevánle los criados que salen.*) Amigo, ¿que determinacion habiais tomado?

Verter. Aquella, que quizá en otra ocasion no se podrá impedir.

Carlota. Ah Verter! ahora que me es permitido hablaros nuevamente, como amiga: ahora que el cielo ha hecho conocer mi inocencia y la vuestra, que á todos ha restituido la paz ¿por que queriais acibarar tan dulces y agradables momentos, con el esceso de vuestros delirios?

Verter. Porque en este mundo hay cierta clase de pasiones tan fuertes, tan violentas, que si algunos instantes se pueden sujetar, no pueden vencerse siempre. Tal es, por mi desgracia, la mia. Yo la siento, y yo solo puedo caracterizarla. Ella me enagena el alma, dispierta todas mis sensaciones y despedaza mi afligido pecho. Pero no dejo, en medio de la borrascosa agitacion de afectos que me contrastan, de sentir una imperiosa voz, nacida de lo profundo de mi corazon, que me dice los deberes de hombre, y me reprende mi debilidad. Sí: por esta sola voz que me dice, que todavía podré ver la luz del sol, vagaré desdichadamente de clima en clima, buscando en vano alivio á mis afanes, llorando amargamente mi infeliz destino: sí, por esta sola voz, sin duda divina, es por la que yo os dejo.... y abandono para siempre. Conde, Condesa gozad de vuestra felicidad, vertien-

do siquiera algunas gotas de amigo llanto sobre las desventuras del desdichado Verter. Finalmente, desterrad de vuestros corazones la memoria para siempre, la cruel idea de que mi debilidad ha perturbado por todo un dia, la dulce paz de que tranquilamente gozabais. Á dios, esposos dichosos, á dios. (*Vase.*)

Conde. Carlota....

Carlota. Alberto....

Conde. Mira como está Verter, ¡que será del infeliz!...

Carlota. Él es honesto. El cielo no abandona á los corazones sensibles que toman por guia la virtud. Tomemos su egemplo. El cielo le asistirá.

FIN.

CON LICENCIA:

EN VALENCIA:

POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1817.